

Dedicación total a Veterinaria

Miguel Cordero del Campillo cumplirá 90 años en enero y sigue trabajando en su despacho de la facultad preparando el que anuncia será su «últimísimo» libro.



Cordero del Campillo, durante un cambio de clase en la Universidad. - RAMIRO

1

A. Calvo | León 21/12/2014 Diario de León

Miguel Cordero del Campillo es toda una institución. Por sus manos han pasado decenas de generaciones de veterinarios y por su cabeza revolotean claramente recuerdos de la historia de León, de España y hasta del mundo que ha ido elaborando, año tras año y así hasta ya casi 90 con una mente lúcida y unas ideas muy claras. Además de un apasionado de los animales también recuerda con cariño su pertenencia al «cuerpo» de la Guardia Civil y su paso por la política.

Cada mañana, se levanta, se prepara y se encamina hacia el Campus de Vegazana donde continúa trabajando en su despacho y donde le conocen como Don Miguel. Ahora está enfrascado en la biografía de su paisano Federico Castañón y Sánchez Lorenzana y anuncia que éste será el «últimísimo» libro que escriba, tras una larga trayectoria de volúmenes relacionados tanto con su profesión como con la historia o la propia Universidad de León, a la que ha visto crecer al amparo de escuela de Veterinaria.

Nació en Vegamián, un pueblo que quedó sumergido bajo el pantano del Porma, «toda una desgracia». Allí vio la luz un 12 de enero de 1925 y su padre, que estaba destinado como Guardia Civil en León, no se enteró de su nacimiento hasta pasada una semana. Poco después se trasladaría al cuartel que antiguamente estaba en mitad de la calle Capitán Cortés y allí comenzó a crecer rodeado de sus hermanos pequeños. «Recuerdo que mi madre era muy avanzada a sus tiempos, aunque sólo sabía las cuatro primeras letras. Le dijo con estas mismas palabras a mi padre, que tenía un concepto más viril de la educación, que estudiarían todos sus hijos, las cuatro chicas y los chicos. Ella apuntó, 'no quiero que mis hijas tengan que depender de ningún tío'. ¡Tío!, esa fue la palabra que empleó», recuerda rodeado de los papeles, documentos y libros de su despacho mientras hace un hueco en la corrección del libro sobre Castañón, para destacar que ha existido un error sobre la fecha de su muerte.

Para evitar irse a Valencia, donde su padre había sido destinado y donde su familia quería que estudiara medicina, Cordero del Campillo comenzó en León sus estudios de Veterinaria. «Me sentía muy leonés y no quería irme y romper la relación que tenía con mis amigos», comenta. Sus primeras clases de la carrera fueron en la iglesia de los franciscanos que estaba en el Arco de la Cárcel y las últimas asignaturas ya en el recién estrenado Albéitar. Después llegarían la cátedra, su trabajo en Syva y la oposición al Cuerpo Nacional de Veterinaria. En Veterinaria tenía clases de alemán y él reforzó esta lengua con una profesora, con discos y con conversaciones «con los alemanes de la Legión Cóndor que vinieron a León». El inglés, gracias a las revistas extranjeras que llegaban a los laboratorios Syva, donde comenzó a trabajar tres meses después de acabar la carrera, y también aprendió francés, consciente de que saber idiomas era

algo importante. De hecho, la lectura de revistas en inglés le permitió dar un enfoque novedoso en su oposición y alzarse con el número uno y finalmente con la plaza en la Estación Pecuaria, donde además del sueldo le daban una vivienda. Pero él lo tenía claro. Su «pasión» era la enseñanza y renunció a todo por las 50.000 pesetas anuales de la dedicación exclusiva para impartir clases en la facultad a tiempo completo.

Cordero del Campillo considera sus grandes maestros al alemán Rudolph Weitzel, al granadino López-Neyra de Gorgot y al texano Richard D. Turk. Con los tres tuvo relación e incluso con el alemán se carteó durante años, después de conocerle en persona en su universidad de Giessen.

También tuvo su escarceo con la política. Le recuerdan por ser quien sacó a Dios de la Constitución y él manifiesta orgulloso que fue uno de sus primeros firmantes. «Fui por una lista independiente. Uno tiene sus ideas, las sostiene y no lucha mirando la firma del pintor para saber si le gusta o no», recuerda, tras precisar que a los dos años decidió que la política no era su vocación y regresó a la Universidad. La situación política actual «es lamentable» y sobre el nuevo partido Podemos precisa: «No me atrevo a decir nada porque una cosa es prometer y otra resolver».

Su hija mayor ya se ha jubilado, pero él continúa al pie del cañón y aunque anuncia que no escribirá más libros seguirá trabajando «hasta que muera» porque continúa teniendo muchos frentes abiertos y muchas inquietudes. Lo que ya ha adelantado es su testamento vital: «Donaré mi cerebro a la ciencia para que investiguen, ¿después de muerto para qué servirá?». Además, recuerda las palabras de su amigo Crémer, quien pasados los cien años le dijo: «Este no es ya mi mundo' y yo también lo tengo claro».